

El grupo de Barranquilla: La producción intelectual al tomar, sin tomar en serio.

Natalia Celis Uribe Jorge y Esteban Corredor Torres.

Cita:

Natalia Celis Uribe Jorge y Esteban Corredor Torres (2019). *El grupo de Barranquilla: La producción intelectual al tomar, sin tomar en serio.* XXXII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Lima.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-030/1251>



El grupo de Barranquilla: La producción intelectual al tomar, sin tomar en serio.

Natalia Celis Uribe
Jorge Esteban Corredor Torres

Resumen

La ponencia presenta los resultados parciales de una investigación cuyo objetivo es la reconstrucción del campo intelectual colombiano entre 1940 y 1970. En una primera etapa, hemos estudiado el caso del *Grupo de Barranquilla* (sus integrantes más reconocidos son Gabriel García Márquez, Álvaro Cepeda Samudio y Alejandro Obregón), asentado en una ciudad portuaria que brinda, de manera excepcional, el escenario de convergencia de distintos flujos culturales, así como de oposición al centralismo bogotano imperante en el país. En este ambiente «involuntariamente» intelectual emergen, entre bares y cafés, espacios de discusión y producción literaria, artística y periodística desde la «mamadera de gallo» y la «parranda». Se consolida una red de amigos y colegas que termina por dar a conocer la producción artística y literaria del Caribe colombiano dentro y fuera del país. Se trata de un grupo que, no obstante, se niega a reconocerse como tal y pretende un anti intelectualismo, que resulta imposible, al ser esta denominación inherente a un ejercicio intelectual previo que es, precisamente, el que les permite reunirse y declararse en contra del ejercicio intelectual.

El análisis se sustenta en la propuesta de Randall Collins sobre las redes intelectuales. Para el establecimiento de las diversas redes del *grupo*, se reconstruyeron las biografías de sus integrantes, se revisaron sus producciones artísticas e intelectuales junto con fuentes secundarias que dan cuenta de estas, se realizó trabajo de campo en la ciudad de Barranquilla, así como se adelantaron entrevistas a personas que han desarrollado investigaciones sobre el grupo.

Palabras clave

Intelectualidad; Redes; Regionalismo; Grupo de Barranquilla.

Introducción

Cuando se mencionan grupos de artistas e intelectuales bajo el nombre de algo que supuestamente los «agrupa», las denominaciones suelen darse posteriormente. En algunas ocasiones, cierta(s) persona(s) difunden «manifiestos», como carta de presentación o exposición de propósitos, que sin lugar a dudas funcionan como mecanismo de caracterización del trabajo o de encuentro conjunto entre intelectuales y



artistas. En otras, solo basta el encuentro publicitado o su difusión en libros con cierta autoridad para empezar a hablar de un *grupo*.

Sin embargo, esto realmente ocurre muy poco. Es el trabajo académico, desde ciertas ramas especializadas, que ubica similitudes entre la producción intelectual, el lugar de origen y/o «tomas de posición» (políticas o estéticas); para hablar de corrientes intelectuales, históricamente situadas, en las que figuras destacadas parecen compartir una cierta visión de mundo.

El marco de indagaciones de este tipo puede ser bastante amplio. Llámese sociología o historia intelectual, la misma noción de “intelectuales” no carece de múltiples significados (Maldonado, 1998; Altamirano, 2006; Gramsci, 2004). A pesar de esta multiplicidad de definiciones, sí se puede constatar, como un rasgo más o menos compartido, la identificación de la producción intelectual con espacios académicos e institucionalizados, así como la configuración del ser intelectual como una asignación social. Sin embargo, la investigación en curso está orientada por la preocupación de abrir la posibilidad de comprensión sobre formas de producción de conocimiento por fuera de aquellos espacios destinados para ello.

De esta manera, el desarrollo teórico que se muestra en estas páginas no tiene como base la pregunta por el intelectual como individualidad creadora, categoría que lo hace irreductible y reverencial (Bourdieu, 1983, p. 9). Se trata, por el contrario, de un intento de entender la categoría de intelectual en sus posibilidades de emergencia, es decir, en las redes de producción de conocimiento y de vínculos afectivos. Así, la pregunta va desde las bases materiales¹ y los códigos simbólicos compartidos por una comunidad intelectual hacia la emergencia de la categoría individualizadora.

En el caso de la ciudad de Barranquilla, por su condición de puerto, encontramos un tránsito constante de ideas que conectan con el Caribe, posicionándose como una red de pensamiento en oposición a la formulada desde la región andina y posibilitando la articulación dialógica con el exterior, a partir de la construcción del puerto, en 1936. Además, dada su posición periférica en un sistema centralista, se dificultó la aparición de instituciones académicas como búnkeres de conocimiento. En su lugar, se generó una discusión abierta y transversal en cafés, bares y librerías, a partir de distintas generaciones de pensadores, artistas y literatos. Al hablar específicamente de lo que se ha conocido como *el grupo de Barranquilla*, observamos una particularidad generacional, relacionada precisamente con la condición portuaria ya mencionada: dos



de los miembros más antiguos eran de procedencia catalana -Ramón Vinyes y Javier Auqué-, que acompañaban al barranquillero José Félix Fuenmayor.

La actitud reacia a llamarse intelectual, que se petrificó en los miembros del grupo, se logra identificar en las condiciones biográficas de estas cabezas cimieras. En consecuencia, recordamos la primera llegada de Vinyes a Barranquilla quien, en palabras de Fuenmayor (2015): «se fastidió de la literatura y de los intelectuales que le habían vuelto insoportable Barcelona, la ciudad donde se había ido a vivir desde niño. Frisaba en los veinticinco años y había sentado plaza de literato» (p. 22).

En cuanto a un segundo pivote de pensamiento en el grupo, a saber, la resistencia a las prácticas y símbolos del centro político e intelectual del país -Bogotá-, podemos recordar las condiciones de la segunda migración, en 1931, cuando

don Ramón lió bártulos y tomó el camino de Barcelona. Allí estuvo entregado "a lo suyo" hasta que el nazi-fascismo, ante la increíble pasividad de la democracia, impuso a Franco. Don Ramón fue de los últimos en salir de España, como que Cataluña había sido la última región de España en sucumbir (...) Después de una estancia en Toulouse y después en París, donde fue huésped de Martín du Gard y cuando Pitoef se preparaba para montar una de sus obras, se vino a Barranquilla. Y aquí permaneció hasta 1950 (Fuenmayor, 2015, p. 25).

Ahora bien, es importante reconocer que dichos miembros del *grupo* solo han sido identificados como tal posteriormente y, más aún, reconocidos como sus *cimientos*. Como se mencionaba en la introducción, en la mayoría de los casos las agrupaciones son re-definidas años después, incluso cuando el grupo como manifestación material, concreta, ya no es observable y únicamente queda de él la producción que allí se gestó y los recuerdos de lo que fue. En este sentido, Collins (2005) se pregunta por el proceso de surgimiento de los pensadores creativos². Busca responder a la pregunta de por qué unos pensadores trascienden más en el tiempo que otros, entendiendo la creatividad como un bien escaso pero que no es una característica por sí misma, sino un calificativo que se construye luego de que dicha creatividad³ ha rendido frutos, en este caso, intelectuales.

Siendo consecuentes con este planteamiento, quisiéramos realizar una exposición comparativa que permita al lector dimensionar la distancia entre la formulación «desinteresada» que de este grupo de amigos han hecho ellos mismos y la definición externa que de ellos se ha venido haciendo como grupo intelectual. Las cercanías de



pensamiento que acompañaron las trayectorias de sus miembros presentan una mediación del *inconsciente cultural* que deja entrever el nodo formulador de «acuerdos sobre esta axiomática implícita del entendimiento y de la efectividad que fundamenta la integración lógica de una sociedad y de una época» (Bourdieu, 1983, p. 42), haciendo de la obra «siempre elipse, elipse de lo esencial» y resaltando que esta «sobreentiende lo que sostiene» (p. 41).

En el intento de reconstruir las relaciones del grupo en su momento de emergencia, aparece relevante la categoría de *red intelectual*⁴ propuesta por Collins (2005), pues permite tratar de asir los distintos grados de vinculación entre pensadores y comprender la producción intelectual más allá de la línea estricta de *escuelas* como espacio único de producción del conocimiento y de una comunidad afectiva, flexibilidad que va de la mano con la comprensión de Bourdieu del término, como se expondrá más adelante. Collins (2005) identifica cuatro tipos de redes intelectuales, según los grados de interdependencia que generan: i) intelectuales con un modo similar de pensar, pero sin una organización entre ellos, ii) la existencia de cierto influjo intelectual entre distintos pensadores, iii) una cadena de relaciones personales -verticales como discípulo/mentor u horizontales como pares intelectuales- y iv) una organización en un sentido literal, en la que se hace evidente una doctrina.

En las páginas siguientes pretendemos mostrar que, según esa clasificación, el *grupo de Barranquilla* se podría identificar con el tercer grado de vinculación. Para esto, nos disponemos a ejemplificar y formular algunas tensiones frente a los enunciados que presenta Heriberto Fiorillo en su libro *La Cueva* con las siguientes palabras: «podrán comprobar aquí los lectores que las razones por las que los exalto son las mismas que los consolidaron como grupo» (2002, p. 13), que corresponden a los subtítulos del texto. Así, se inserta el dialogismo entre la exaltación y la conformación del intelectual, enmarcado en «una relación que puede definirse (...) como el de "llevar" y de "ser llevado", sin la consciencia de que la cultura que posee lo posee» (Bourdieu, 1983, p. 45). Podrán ver los lectores que, a medida que se haga la exposición de las relaciones entre los miembros del grupo -con las mediaciones ya mencionadas-, se hará también el análisis pertinente para comprenderlo en términos de *red*.

Por enaltecer la amistad

Por jugar billar, dominó y chequita. Por no tomarse en serio. Por hacer lo que les dé la gana. «Lo que después ha dado en llamarse *El grupo de Barranquilla* -explica Germán



Vargas- es, antes que cualquier cosa, un grupo de amigos que llevan muchos años de serlo» (Fiorillo, 2002, p. 20). También ilustra Fiorillo que «Hablaban de todo, de mujeres, del amor, de la vida y de la muerte. Lo importante era verse, estar juntos y hablar, hablar de lo que fuese. Y, bueno, de tanto hablar alguno terminaba escribiendo» (p. 22). En este sentido, resulta importante resaltar el componente afectivo que menciona Collins (2005) para la comprensión de una red intelectual. El carácter afectivo de la comunidad intelectual está marcado por la energía emocional de los individuos, es decir, la energía que se le imprime a un hacer dentro de la comunidad intelectual que, de la mano con el capital cultural, será central en su posicionamiento en la red y su posibilidad de movimiento en la misma.

Dicha energía no es puesta únicamente en el producto de la labor intelectual, sino que está presente en los vínculos que se establecen entre los miembros y en la consagración de ciertos productos intelectuales como la insignia de la comunidad. Esto es relevante para entender al grupo de Barranquilla, al observar la fuerte carga afectiva de las relaciones entre los miembros, que otorga a su vez un valor importante al producto artístico de cada uno, en la medida en que estos son pensados como fruto de estas relaciones, no como algo ajeno a ellas.

Por querer hacer algo perdurable

Por abrir caminos. Por ayudarse. A pesar de la reticencia con la que los miembros del grupo se relacionaban con la inmortalidad⁵, existía en ellos un interés constante por publicar y exponer. Muestra de esto es la Revista Voces (1917) como predecesora de esta actitud intelectual, el semanario Crónica (1950), el homenaje a Figurita organizado por Obregón, Cepeda Samudio y Eduardo Vilá en el Club Barranquilla, la conferencia de Vidal Echeverría que Obregón hizo a Fuenmayor patrocinar, entre otras.

Sin embargo, esto por sí solo no resulta característico del grupo; al recordar la multiplicidad de condiciones socioeconómicas que se encontraban en el grupo y cómo, entre ellas, se creaba una especie de fondo común en pro de la producción intelectual y de la diversión, se puede observar la importancia de los vínculos afectivos, mencionados anteriormente, en la base misma de la producción artística y literaria, con el fin de su perduración. De esta manera, filmes como *La langosta azul* (1954) y las primeras publicaciones literarias de varios de sus miembros, no pueden ser entendidos en su complejidad sin la referencia a la comunidad afectiva que sustentó su producción y que permite comprender las motivaciones de la misma. Resulta pertinente aclarar que



la articulación del grupo se mantenía lejana a la de una sociedad de mutuo elogio (Bourdieu, 1983), pues antes de relacionarse como artistas y escritores, se relacionaban como amigos y es de ahí que nace su referencialidad.

Por mamar gallo

Por disfrutar el licor. Cabría preguntar si la circulación alrededor de una bebida es una confesión en deuda de todo grupo intelectual que, dadas las pretensiones antiintelectuales, sale a la luz en Barranquilla. Ya lo ha dicho Fiorillo (2002):

Para el que bebe nada mejor que la compañía y el alcohol como gratificación. Se es cuando se está, cuando se comparte, cuando se sirve a los demás y se bebe. No hay objetivo. Se disfruta del andar del alcohol y la carreta, aunque sentido uno se quede. «¿Y quién te ha dicho a ti -pregunta Obregón y Cepeda- que yo quiero llegar a alguna parte?» (p. 60).

Detrás de la búsqueda por lo cotidiano y lo desinteresado está, entonces, el rechazo a la racionalización de los fines, que se plantea como uno de los intereses principales de quienes conforman el grupo. *Todo el mundo cabía en La Cueva* es el título el Cap. XII de Fuenmayor (2015), pero esta afirmación debe ser matizada: todos tendrían la posibilidad de sentarse a la mesa mientras que no pretendieran nada. Germán lo dice así: «El núcleo más pequeño compartía, por lo menos, cuatro cosas: eran periodistas, amaban el arte y la literatura, bebían como vikingos y les gustaba mamar gallo. Nunca se consideraron un grupo intelectual, y es probable que ese adjetivo, más que halagarlos, los avergonzara» (Fiorillo, 2002, p. 17). Y tal vez los avergüence por «una moral de la convicción que inclina a juzgar las obras con base en la pureza de la intención del artista» (Bourdieu, 1983, p. 16), esto es, una moral característicamente intelectual basada en la negación de los intereses exógenos al campo; la negación de los símbolos atribuidos al ser intelectual.

Por su antiintelectualismo

Por ejercer bien el periodismo. Por rechazar lo sistemático. Por antidogmáticos. Por antiacadémicos. Por leer a Faulkner. Para el desarrollo de este apartado y de las contradicciones inherentes al mismo, esbozadas ya en el punto anterior, nos interesa un acuerdo con el lector, al concebir la escuela como un «conjunto de lugares comunes que no son solamente un discurso y un lenguaje comunes, sino también campos de encuentro y campos de entendimiento, problemas comunes y formas comunes de abordar estos problemas comunes» (Bourdieu, 1983, pp. 45-46).



En esta medida, es importante señalar la referencialidad establecida entre los miembros del grupo. Cabría recordar al escritor dominicano Juan Bosch, quien escribe «A las cinco de la mañana terminé el libro de José Félix Fuenmayor, *La muerte en la calle*. Estoy impresionado, asombrado. Ha sido para mí una revelación. Ahora me explico la narrativa de García Márquez. Ya sé de dónde sale», o las palabras de Cepeda Samudio “Todos provenimos del viejo Fuenmayor” (Fuenmayor, 2015, p. 26).

Además, el «buen» periodismo se puede encontrar en la figura de Juan José Pérez Domenech, a quien todos le decían profesor, y que García Márquez (2002) recordó en *Vivir para contarla*: «Los refugiados españoles estaban desde las siete, después de escuchar en casa el diario hablado del profesor Juan José Pérez Domenech, que seguía dando noticias de la guerra civil española doce años después de haberla perdido» (p. 135) y Fuenmayor (2015) aclaró «Es difícil rastrear la influencia del profesor Pérez Domenech, ya sea en el periodismo, ya en la literatura. Quizá sea imposible tomar esa influencia entre el meñique y el índice de la derecha y mostrarla, como si fuera una ciruela, diciendo, más o menos, “señores, aquí está”. Pero la tuvo, seguramente la tuvo» (p. 34). En la pintura, la figura de José Gómez Sicre, director del Departamento de Artes Visuales de la OEA, resulta fundamental en tanto crítico, pues «se interesaba muchísimo en la pintura de Alejandro Obregón, en cuyo talento artístico confiaba sin vacilaciones. “Cuidado me lo echan a perder”, nos recomendaba repetidamente» (Fuenmayor, 2015, p. 69), además de ser quien descubre y apoya a Noé León en su surgimiento.

Así, se marcó en el grupo una relación constante entre tutores y estudiantes, a pesar de estar al margen de la escuela académica. Por otro lado, la búsqueda de un problema común se fue hilando en la omisión de este:

Ese rechazo a lo sistemático -escribe Jacques Gilard- fue también una característica del Grupo de Barranquilla y la experiencia ha venido demostrando la eficacia de esa apertura, de esa curiosidad, de ese anti-trascendentalismo. La inspiración del momento, la lectura o la idea del momento, jugaron un papel básico porque siempre mantuvieron una brecha ampliamente abierta para la contradicción y la renovación (Fiorillo, 2002, p. 24).

El grupo declaró el rechazo a lo académico dentro de un contexto sin instituciones académicas sólidas, como lo era Barranquilla a mitad de siglo XX, rechazo que se puede reconocer en la biografía de sus integrantes⁶. Así, las aulas fueron reemplazadas por los cafés y las cátedras por la conversación entre copas y, si llegamos al acuerdo con



el lector de que ni las aulas ni la impartición catedrática son la condición para el establecimiento de una escuela y sí la formulación de problemas comunes, entonces podríamos reconocer que en el grupo escuela sí hubo, aunque fuera abierta y a distancia.

Por su anticentralismo

Por independizarse de lo andino y lo oficial. Por universales. Por caribes. Por preferir a Barranquilla. Para abordar este punto, uno de los adhesivos más consistentes del grupo, recordemos las palabras del crítico Jorge Ruffinelli:

Lo que logró el Grupo de Barranquilla fue liberarse de las estructuras verbales y lingüísticas encerradas en el vetusto concepto del español “puro”, liberación de una narrativa urgida por la realidad social y política del país, mediatizada por esa misma urgencia en formas sólo documentales y envejecidas ya desde su nacimiento; liberación de una cultura paupérrima, sin tradiciones nutricias, que aún seguía las pautas de María y La Vorágine sin revisar su vigencia; liberación, finalmente, de los mediocres esquemas nacionalistas que han frustrado a generaciones enteras de escritores latinoamericanos por el aislamiento y el cultivo de lo autóctono malentendido y del provincianismo (Fiorillo, 2002, p. 25).

La relación de los miembros del grupo con el Caribe -vinculación identitaria más fuerte para ellos que la de un carácter *nacional*- insertó en su diálogo una regla de juego específica, donde el lugar geográfico de enunciación se convertía en el abanderamiento político y formal. Esto es, la determinación de sus propiedades de posición frente al mundo que, para los miembros del grupo, parecía empezar en la orilla del mar. Álvaro Cepeda es certero en este punto al afirmar:

No somos trascendentalistas. No perdemos el sentido de las proporciones, porque estamos al nivel del mar, no en una montaña. No nos contaminamos con el seudo intelectualismo que impera en Bogotá (...) Lo que pasa es que en Barranquilla no le ponemos misterios a nada. No decimos mentiras ni somos hipócritas como los cachacos. Tenemos otro lenguaje más franco, directo. Y creo que somos mejores hasta racialmente (Fiorillo, 2002, p. 137).

Por ser autónomos e individuales

Encontramos en el grupo, a pesar de la escolarización de algunos aspectos formales, la libertad de mantenerse independiente y distante. La diversidad tenía tan pocas restricciones que, lejos de ser una sociedad de mutuo elogio, se buscaba la calidad



literaria, estética e intelectual, mas no la conservación de una línea por alguno de estos factores. El desplazamiento de clases es otro factor que se tomaba con ligereza dentro del grupo. El cuento que el magnate Julio Mario Santodomingo entregó Alfonso Fuenmayor para su traducción y publicación en el semanario *Crónica* se ha hecho famoso por la presupuesta relación entre el sistema de clase y la conformación de un grupo intelectual. Recordando este episodio, Fuenmayor (2015) anotaba: «El prejuicio según el cual la afición por la literatura y el talento literario son especímenes de una flora o de una fauna que únicamente nace y prospera en los modestos y sub modestos estamentos económicos, está deplorablemente extendido» (p. 146).

El desarrollo de este episodio dentro del grupo permite entrever el criterio con el que este aprendió a establecer sus juicios y la posibilidad de ser distintos mientras se mantuviera la pureza en sus intenciones. Así, «Gabito leyó el cuento [de Santodomingo] en la traducción. Volvió a leerlo delante de mí. Lo hizo lentamente. Una que otra vez en un pasaje imprecisable se detuvo. Después, volviéndose a donde yo estaba se volteó y me dijo: Maestro, sabe una cosa, esto está muy bien» (Fuenmayor, 2015, p. 151).

Por no tener pretensiones de grupo

Por juntarse. Valiente oxímoron nos plantean estas dos frases; sin embargo, es esta elipse la que nos mantiene en diálogo con el lector. Las oposiciones definen a los miembros del grupo, pues estos se hicieron libres por contradictorios, se formaron en oposición a todo lo que podían ser y, justo por esto, Jacques Gilard afirma que era necesario «algún testigo exterior a la ciudad para llegar a ser el Grupo de Barranquilla, (...) no que Barranquilla llegara a las letras, sino que el país se acordaba o empezaba a darse cuenta tardíamente de que en esa ciudad se hacía literatura». Así, en 1954 Próspero Morales Padilla escribía en *El Tiempo* una primera columna «sobre un grupo interesante de jóvenes en Barranquilla» (Fiorillo, 2002, p. 16) y el artículo *Sartre y Di Stefano*, publicado el 21 de noviembre de 1955 en la *Revista Semana* «se convierte, dado su diseño y redacción en una especie de acta de constitución del grupo de amigos que, en Barranquilla, aman la literatura» (p. 17).

El sinsabor con que fueron recibidos estos primeros nombramientos fueron tales que Germán Vargas, quien era corresponsal de *Semana* en la época, saltó a redactar una aclaración y, en 1978, Próspero Morales envió una carta a Alfonso Fuenmayor, visto como el *párroco* del grupo:



Escribiste que yo inconsultamente bauticé aquella cosa con el nombre de Grupo de Barranquilla. El error radica, salvo opinión tuya, en que, por lo menos dentro del catolicismo al cual tú y yo pertenecemos, a nadie se le bautiza “consultamente”, pues a la edad en que suelen ocurrir los bautismos nadie se preocupa por las consultas. De lo contrario ¿Tú crees que yo me llamaría “Próspero”? (Fiorillo, 2002, p. 19).

Y fue justamente esto lo que ocurrió con el grupo, pues, como afirma Fiorillo, de que había grupo lo había, pero sus dinámicas resultaban tan orgánicas a los integrantes que sólo los visitantes o la reflexión en futura les harían ver lo que hoy estamos reconstruyendo. En la memoria de García Márquez (2002), miembro más reconocido del grupo, los tiempos de Barranquilla guardan el título de «años de formación» -a ojos de muchos serían de deformación- y son recordados en sus novelas y su autobiografía.

Al observar las características del grupo previamente expuestas, es necesario recordar algo fundamental para el análisis que aquí pretendemos: existe un análisis en doble vía, que diferencia lo dicho sobre el grupo posteriormente a lo que el grupo *fue*. Sin embargo, aquí aparece una limitación, la misma que tenía Jurado Calificador del Premio Nacional de Periodismo al discutir el nombre de Alfonso Fuenmayor como candidato al galardón y todos estaban de acuerdo en otorgárselo. Excepto uno, que sin mucha convicción se oponía cordialmente: «El argumento que aducía esa persona era que usted [Fuenmayor], en sus artículos, que a él le agradaban según su propia confesión, no citaba ninguna fuente... Entonces Tito de Zubiría lo refutó definitivamente: Alfonso no citó ninguna fuente porque él es la fuente» (Fuenmayor, 2015, p. 16).

De esta misma manera se han dado los acercamientos al grupo. La única forma de acercarnos está ya cargada por el recuerdo, bien sea de sus miembros o de quienes se esmeran en mantenerlos fuera del olvido, ya no como personajes individuales, sino como parte de algo más grande, de algo trascendental que marcó su trayectoria intelectual y, en este caso, artística y literaria.

Sin embargo, estas redes intelectuales sólo es posible estudiarlas, siguiendo a Collins (2005), después de su existencia concreta, es decir, después de la producción y los vínculos que en ellas se dieron. Esto hace que el concepto de red sea muy potente, al permitir pensar la intelectualidad no como un valor en sí mismo, sino como algo que es construido generacionalmente y que solamente puede tener un valor referencial. Una expresión importante de esta construcción generacional es el posicionamiento de *La cueva* –bar donde se reunían varios de los miembros- en espacio emblemático del



grupo, llegando a ser un nombre alternativo al grupo. Esta construcción futura se ha hecho, sobre todo, desde Heriberto Fiorillo, quien se ha encargado de seleccionar –y construir- la memoria del grupo en la ciudad de Barranquilla.

Conclusión

Hemos pretendido, a lo largo de la investigación, salvar el abismo expuesto en páginas anteriores, entre lo que fue este grupo de amigos y lo que después se empezó a recordar como *El grupo de Barranquilla*: sólo a partir de esta diferencia es que ha sido posible construir su valor como intelectuales, al apreciar la transmisión de sus ideas translocal y transgeneracionalmente. Sólo debido a que ciertas obras -como *Cien años de soledad*, *La casa grande*, la obra de Obregón- han perdurado en el tiempo y se han consagrado nacional e internacionalmente, es que ha aparecido como necesaria la re-construcción del grupo, para entender sus posibilidades de emergencia⁷.

Igualmente, debemos aclarar que la consolidación del grupo y el afán por su reconstrucción no se da sin el crecimiento de sus miembros por fuera de él. Si no fuera por la significación que ellos mismos le han atribuido, el grupo podría concebirse como un episodio más en la vida de sus integrantes. El *peso funcional*⁸ de los miembros más conocidos debe ser recordado de la mano de un entramado que incluía curadores y editores tanto en la región Andina como en distintos lugares del mundo.

Válido y consecuente es recordar que, cuando Marta Traba es acusada de ser la profeta de Alejandro Obregón, reconoce que «Si se le resta su dimensión extravagante, ignoro en verdad si lo he sido o no, pero sé bien que quisiera serlo» (Fiorillo, 2002, p. 178). Así mismo, las *Crónicas* de Fuenmayor (2015) una de las memorias más importantes del grupo, surge del interés de Carmen Balcells, reconocida editora del *boom latinoamericano* quien le dice «Tienes que escribir todo eso. Si quieres de aquí nos vamos a la oficina y firmamos un contrato. Si no te opones, te adelanto dinero...» (Fuenmayor, 2015, p. 13). Esto permite ver, al interior de ellos, esos primeros esfuerzos de mutua referencialidad y de inmortalización de las redes que ellos establecieron.

Finalmente, nos gustaría rescatar el carácter informal en el que se gestó la intelectualidad caribeña en Colombia y las posibilidades que la esquematización del pensamiento en contextos cotidianos abrió a las producciones de sus miembros. De esta manera, se extiende la posibilidad de comprensión de lo intelectual más amplia de la que comúnmente se puede evidenciar, tanto en términos epistemológicos - ¿cómo



entender al intelectual? - como en términos metodológicos –¿cómo estudiarlo? -, que son, después de todo, dos preguntas inseparables en el desarrollo de la investigación.

Más que tratarse de un estudio cerrado, terminado, lo que aquí nos interesa es abrir una ruta de análisis que permita entender los procesos intelectuales fuera de los espacios que se han consagrado para ello - academia, editoriales, congresos como este -. No es, sin embargo, una idealización de la vida cotidiana y del *desprendimiento* de la intelectualidad, sino, precisamente, la posibilidad de comprender otros lugares autorizados y sacralizados como cafés y librerías. Esto permite vincularnos con la pretensión ya mencionada de reconstruir el campo intelectual colombiano entre 1940 y 1970, en un ejercicio comparado que permita la identificación de procesos paralelos. El marco temporal que nos hemos propuesto exige, para su abarcamiento, replantear las vías que posibilitan y consolidan el conocimiento como *evento combinado*⁹ y, en consecuencia, cómo se les otorga y retira la palabra en relación a su *peso funcional*¹⁰.

Notas

¹ Esto entendido como los espacios físicos de relación, las instituciones que pueden llegar a sustentar el encuentro mutuo y los condicionamientos geográficos de las relaciones al interior y exterior de las ciudades y los países de emergencia.

² Si bien sus postulados son construidos para una *sociología de la filosofía*, consideramos que los procesos que él observa en las redes de filósofos pueden ser observables en otras áreas de la producción intelectual y creativa.

³ Entendiendo la creatividad como un *bien escaso* que, más que identificarse con la figura del *genio creativo*, aparece en posiciones estratégicas de la red intelectual. Collins (2005) identifica la creatividad no con el hecho de *producir* algo nuevo, en términos de soluciones, sino más bien con hacer nuevas preguntas que dejan abiertas nuevas rutas de pensamiento e indagaciones. Aquí, es fundamental la presencia de los pensadores menores, quienes serán los que se dispongan a explorar estas nuevas preguntas y, de esta manera, aseguren la trascendencia y translocación de los pensadores mayores.

⁴ Si bien la categoría de *campo* de Bourdieu (2007) aparece en esta investigación, así como distintos conceptos relacionados con la misma, se entenderá red y campo de manera diferenciada. Para efectos del grupo, el análisis se centrará desde la comprensión de sus relaciones como red, mientras que el campo orienta la pregunta amplia del proyecto, en la medida en que se busca relacionar esas redes localizadas en distintas ciudades y, al establecer sus puntos de contacto, identificar jerarquías y posicionamientos en lo que será el campo intelectual colombiano, entre los años 40 y



70 del siglo pasado, donde la reflexión sobre las desigualdades estructuradas alrededor del binomio centro-periferia cobrará un peso esencial.

⁵ Rememoramos el momento en que Fausto Panesso fue al encuentro de Alejandro Obregón para incluir su entrevista en el libro *Los intocables* y este lo recibió diciendo “De dónde diablos has sacado este título para el libro si yo soy tocable todo, de aquí a aquí” (Panesso, 1975, p. 78).

⁶ Como el hecho de que ni Cepeda Samudio ni Obregón hayan terminado la universidad en Estados Unidos y Gabriel García Márquez haya abandonado sus estudios en la Universidad Nacional.

⁷ Lo interesante es, precisamente, que los años de aparición de estas obras no coinciden con los tiempos de reunión del grupo. Se trata, entonces, de la creación de un mito, la búsqueda de una explicación para la aparición de aquellas “mentes brillantes”, esos “genios creadores”.

⁸ Entendiendo por esto la “masa” propia, es decir, el poder (o, mejor dicho, autoridad) en el campo, definido con dependencia a él (Bourdieu, 2002, p. 10).

⁹ Sacralizados en el sentido de saberse poseedores de un capital cultural significativo, que los distingue de los demás habitantes de la ciudad. Recordemos una conversación entre García Márquez y Vynes: “Me gustaría, decía Gabito, ya un poco amainada su cólera que empezaba a ser carcomida por el escepticismo, tener al viejo Faulkner en frente para hacerle un montón de preguntas. Descuide usted, Gabito -le comentó don Ramón-, si William Faulkner estuviera en Barranquilla estaría sentado en esta mesa” (Fuenmayor, 2015, p. 37).

¹⁰ Nos servimos de la terminología del atletismo al reconocer en la producción intelectual la combinación de distintas actividades que aportan a la construcción de una misma *red*.

Referencias bibliográficas

Altamirano, C (2006). *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Bourdieu, P (1983). *Campo intelectual, campo de poder*. Buenos Aires: Folios.

Bourdieu, P (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Collins, R (2005). *Sociología de las filosofías. Una teoría global del cambio intelectual*. Barcelona: Editorial Hacer.

Fuenmayor, A (2015). *Crónicas sobre el grupo de Barranquilla*. Bogotá: Fundación La Cueva.

García Márquez, G (2002). *Vivir para contarla*. Bogotá: Editorial Norma.



Gramsci, A (2004). *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Maldonado, T (1998). *¿Qué es un intelectual?* Barcelona: Paidós Ibérica.

Panesso, F. (1975). *Los intocables*. Ediciores Alcaravan.